

MAHFUD MASSIS

ELEGIA BAJO
LA TIERRA



EDICIONES "POLEMICA"

OBRAS DEL AUTOR

"Los Tres" (ensayo), agotado.

"Las Bestias del Duelo" (poemas),
agotado.

"Los Sueños de Caín" (cuentos).

Walt Whitman, el Visionario de
Long Island" (ensayo, Premio
Unico de la Sociedad de Escri-
tores y Premio Municipal de
Ensayo).

Es propiedad del Autor
Inscripción N.º 17618

Mahfúd Massís

ELEGIA
BAJO LA TIERRA

1955

EDICIONES "POLEMICA"

Santiago de Chile

LUKÓ: En el gran drama gregario de la vida, cuando el espanto deposita en mi corazón su huevo obscuro, levanto los ojos hacia ti, como una bestia que busca algo por encima de su condición, flor extranjera.

En este mundo solitario por el que andamos, caminas junto a mí por un favor de los dioses, y te seguirá mi pisada negra, inelectablemente, aún más allá del Gran Pantano.

Mahfúd.

PALABRAS EN EL MURO

Cuando el Angel terrible embiste al poeta con su cornamenta obscura, entre la yedra y la sangre, asoma un rostro de asesino pálido, que aplica a la obra de arte su melancólico ojo de vidrio.

Al anochecer se cubre la calva; sueña con los ejemplos "olvidados" del arte de antaño, y tiembla su diminuto corazón, entre la manada de críticos literarios, ultramontanos y feroces.

¡Animales de sangre fría! En su lecho de condenados tosen y espectoran, como muertos a quienes se olvidó enterrar, lampiños e inconclusos, pero severos, como empresarios funerales.

¡Apiadaos entonces del poeta, del "desarreglo de sus sentidos" (*que no es sino una nueva organización de los sentidos*), que preconizara un día aquel fascinante piojoso de Las Ardennas, al que nunca pudieron perdonar esos bribones!

Sus cráneos congelados, en que cada tuerca está soldada por la mano del Gran Gasfiter, son los *destinados a explicar* la obra del poeta y sus quemantes visiones.

Ciertamente, si el poeta reparara en esas tristes merluzas, estaría perdido.

Por tal razón, pongo un muro de asbesto entre ellas y mi poesía, grandes piedras refractarias entre su cerebro pardo y mi conducta como individuo. La poesía continúa su curso, trazando una diagonal sobre sus cadáveres, aunque se desgañiten aullando "¡vade retro, Satana!", al menor indicio de obscuridad, pues —misterio insondable— sus almas sombrías se aterran de cuanto puede parecerles obscuro. Ignoran que la noche no es sino aquella parte del día preñada de inexpresable don mágico.

Se sobresaltan, quizá, porque el poema escarba en la sentina de sus instintos, a una profundidad no deseada, y porque el arte actual destruye en su propio nido, la falsa noción del hombre sobre su origen extrahumano, embellecida durante siglos por idealistas adiposos e individuos de buena educación literaria. De súbito se enfrenta a su imagen, y tiene espanto.

En las páginas que siguen, elaboro una experiencia poética en que el régimen de las visiones satisface mi necesidad de expresión, y ello me basta. Debajo de todo artista hay un dios de mirada taciturna, que impera en el reino de los sentimientos y sus conturbadas imágenes, cuyo ceño expulsa las vivencias, saturadas de terror helado. En consecuencia, no arguyo ni explico nada: sólo trato de levantar mi grito en medio de la noche.

Comprendo que es menos devastador trabajar en la anécdota sentimental, entre el incienso y la dulce niebla subjetiva, o explotar el lunfardo de cierto *arte social*, tan

productivos como el vientre de un gran cerdo rosado. No: yo opto por el hecho poético cruento, que persiste en la memoria con la violencia de su impacto emotivo.

En cuanto al poema en sí, su unidad queda abonada, en primer término, por una ansiosa secuencia de estilo, y por la persistencia de un voltaje psíquico, que he tratado de sostener contra toda fatiga, más que por el predominio de los temas, que sólo suelen ser accidentes o recursos en la poesía contemporánea.

Indudablemente, el poeta no busca los temas para expresarlos. Se expresa en ellos. No importa cuáles hubiesen sido, este poema en lo esencial no admitiría variaciones. El poeta no es, probablemente, sino el protagonista de una sola idea, hacia la que confluye su experiencia emocional. En el sudor de su agonía, sin embargo, están los elementos químicos de toda una época, transformados a través de un metabolismo aun para él inexplicable. Es lo que no podrán comprender nunca los agentes de cierto tipo de "realismo". Esa idea o sentimiento central, es, sin querer abusar de las palabras, lo que podría estimarse como un *mensaje poético*, y ese mensaje, según entiendo, no debe ser un reflejo del individuo, sino parte integrante de su ser real.

El poema es un desprendimiento de la materia esencial del artista, condicionada dialécticamente por el devenir histórico. Lo demás es colorismo abyecto. Rimbaud no abandonó la poesía: nadie podría hacerlo. Ella le abandonó como la piel deja a la serpiente, antes de haber escrito sus "Iluminaciones", ese hermoso arcoiris final, ya sólo reflejo de sí mismo, pues había echado fuera cuanto requería de él el furor sombrío de su índole.

El presente poema, está realizado de un modo distinto al que pudiera considerarse natural, dado que cons-

tituye una sola pieza literaria. Trabajé cada uno de sus veintisiete breves fragmentos individualmente, como si se tratase de un todo poemático, sin perder, obvio es decirlo, la visión estructural del conjunto. Cada fragmento, recoge en sí los elementos fundamentales del poema, y es, por así decirlo, una célula viva, independiente, y, a la vez, sometida al régimen interior del poema. Constituyen cuadros, momentos emotivos superpuestos, con un denominador común, y el encaje dramático de situaciones en apariencia opuestas, está conseguido con el coagulante de una genuina angustia.

Al escribir este poema, he partido de hondas imágenes afectivas, ocultas algunas a mi propia consciencia. Han sido trastrocadas, metamorfoseadas, envueltas en el resplandor de los símbolos visibles, un caballo, una mujer, un niño muerto; símbolos permanentes, donde parece refugiarse todo aquello que abandona el pecho del hombre y busca su vehículo terrestre. Quien resbale desaprensivamente sobre su lenguaje, yerra si sólo percibe el canto fúnebre del ave ante el crepúsculo. Existe un mar de fondo estructurado sobre las arenas blancas y negras de mis propios terrores, y en la convicción de un mundo raído por la crueldad y el abandono. La vida, el amor, la blasfemia social, la tragedia privada del individuo; el ancestro, sumergiéndose en el seco dintel de los milenios; las hojas queridas que se llevó el viento de la muerte; las tentativas y los sueños del hombre, destroncados, frente al túnel sin salida del tiempo —terriblemente reducido, pues no concibo sino el tiempo-consciencia— todo ello, en soterrado impulso, determina en mí el lenguaje, como postrera forma de desolación.

Quizá uno de los dones de la poesía sea la posibilidad de coexistencia de tan encontradas emociones; su cordón central empalma con el gran tablero humano,

cuyo conmutador sólo el poeta es capaz de poner en movimiento.

La constante de mi poesía es la muerte; en otros es la melancolía, el optimismo, (a menudo grosero), la crueldad o los refinamientos venenosos. Ella envuelve en un halo común los elementos de mi poética. Quien me acuse, tal vez olvide que sin un leit motiv acaso no puede existir un gran poeta. ¿Y qué más que la muerte, a cuya razón social estamos todos afiliados, tiene derecho a cantar el hombre en el tembloroso bordón del lenguaje humano? No te desanimes, lector, si en estas páginas los muertos te parecen vivos, y los vivos tienen a veces el rostro de los espectros. Es sólo la contradictoria y dual naturaleza de las cosas, afirma la sombra pálida de Heráclito. Lo que ves, lo que amas, todo vive y muere mientras lo miras. Mis antepasados me legaron una carga mortal que no consigue superar mi condición de retoño americano. Pero, América, ¿no es acaso un dolmen gigantesco en donde los ritos de la sangre todavía humean, condensándose sobre los acantilados y los grandes ríos?

Los poetas del optimismo inoportuno, son apenas el equivalente de quien se sumerge en la borrachera animal para soportar la tristeza. Nada hay, en verdad, que haga resonar el cuerno de la alegría. Nuestra condición de mendigos en el concierto de la economía del mundo, la persistencia melancólica del ancestro —alcohol y fantasía—, nuestra falta de identidad continental, donde el hijo del inmigrante es todavía el hijo del inmigrante, (eso, en última instancia, soy, y me explica), pueden producir optimismo sólo en los irresponsables. La historia recogerá cuánto de falso cae de su plumaje coloreado. Su canto es el canto del gallo, a una hora en que los fantasmas caminan todavía por la tie-

rra. Pero nadie burló los ciclos biológicos, sociales o estéticos, sin recibir la sanción natural sobre su testa de pequeños Cagliostro rurales.

Vivimos la hora de un gran duelo universal. Esclavos o gladiadores, dejemos el testimonio de la ignominia escrito en la arena. Personalmente, no siento la cósmica alegría de algunos elegidos, por lo que no me creo obligado a expresarla. Por el contrario: experimento una punzante angustia y una trágica compasión por todos mis contemporáneos. Ni puedo ser el romano que atraviesa la Via Appia, llevado en brazos de sus servidores, mientras a la orilla del camino los hombres se pudren, comidos por los cuervos que revolotean sobre las cruces.

No se interprete, pues, mi poesía como la de un demonio funerario. Yo lloro la pérdida de la alegría; no celebro el horror de la muerte. Y aunque no abjuro de la gran noche de mis imágenes, tampoco arrojó sangre sobre el porvenir. No soy un profeta, sino un poeta solamente; canto lo que llega a mi corazón y lo estremece. ¡Y a mi corazón llega una gran tristeza! Ahí termina mi misión específica.

Por otra parte —grabemos estas palabras con terrible fuego— *todo poeta de verdad expresa siempre a su tiempo*, y en su verbo, como en la paleta del artista, caben las carnaciones vivas y los colores corrosivos. En ello radica gran parte de la majestad del arte y de la vida. Quien pretenda nivelar la expresión del poeta, es sólo un impotente o un imbécil. O ambas cosas, conjuntamente. Es como querer nivelar el espíritu humano, de entre cuyo limo contradictorio, se alza, siempre renovada y misteriosa, la efigie mutable y eterna del Hombre.

Mahfúd Massís.

*“¡Estoy inerme, estoy inerme en
las regiones de los que buscan
botín en el mundo soterrado!”*

El Libro de los Muertos.

CIERTA noche los lobos durmieron en la casa; royeron el viejo hueso familiar, y una pavana de costumbres estoicas caía del naranjo, y eran piedras de oro, bebida sangrienta para los extraños.

Yo era el Hombre de Java de la familia.
Comía en una sartén, dormía
como un salvaje sobre los tejados.

Nadie leyó en mi corazón en la ciudad enterrada...

*Perdonadme por lo que fui, por lo que seré aún todavía,
por lo que no podré ser sin enviar al mercado mi alma.
Un señor con una cola larga me saludo un día,
y desde entonces pregunto a los transeúntes cuál es mi
nombre.*

PASEO mi espanto por la ciudad; el guardia
del cementerio me reconoce, los vagabundos, los azules
gusanos de la noche,
los monos borrachos bajo la lluvia,
pues soy el mamarracho sideral cargado de magnolias
y plumas de gallo.

Fuí vendimiador, tal vez, nieto del Cristo amarillo,
testigo en la crucifixión, cigarra
ornamental en la hora postrera;
esqueleto caído en el monzón nocturno;

orador funeral, con la máscara de crin bajo el otoño.

*Fuí vendedor de cirios, de muertos sin identidad, vendi
cerveza,*

*fuí comprador de grandes pipas funerarias, y zapatos
manchados con sangre, y flores,*

hermanos míos,

más que nada, flores,

para olvidar el té amargo del atardecer y la muerte.

Soy Mahfúd Massís, el Esclavo,
el heresiarca de piel negra,
el loco, el desertor, el papanatas helado bajo la nieve.
Escondo mis dientes de cabro, mi cola de rey babilónico,
mientras camino por la ciudad, junto al angosto río.
Entre lívido aceite, mi vieja sombra atrabiliaria
atraviesa las ciénagas,
ladrando a la majestad lunar
con su obscura casaca de muerto.

Puedes tocar mi rostro, su lejana mariposa de hueso;

*mi semblante de ídolo prevalece,
perdido, sin alternativa en los sacos de la noche.
Vagué mil años con mi ojo miserable, comí bajo los
muros,
y cierta madrugada comencé a cantar con mi gruesa
voz de asesino,
a escribir estas coplas de antiguos herreros.*

*Como un pequeño dios celeste y pálido,
camino ahora por el mundo con mis ojos de perro,
escarbando la tierra, entre insectos y podridas anémonas,
buscando una cabeza querida,
un rostro perdido hace mucho tiempo.*

ESTOY enfermo de escorbuto, de cáncer o lepra
—no estoy seguro—
estoy enfermo de hidrofobia,
(de la médula espinal me cae un hilo seco),
y de cierto mal del que nadie conoce el nombre,
que consiste en vagar solitario, escribir cartas a la otra
vida,
y dormir, y tener sueños de perro,
llorar, llorar, a pesar de ser hombre.

Vivo extraviado entre aranceles y pestañas, entre
apóstatas fríos,

con la lluvia sangrando sobre mi corazón,
bajo los saltamontes y los antiguos almendros, entre
oro funerario,
agonizando en las contradicciones de un tiempo
mineral,
perdido para siempre en las cocinas y los desagüaderos.

A veces sueño. Mi cráneo
de salvaje jadea bajo el tambor,
me dirijo a alguien invisible en medio de la noche,
en medio de la tierra oscura o el mar.

Pero es mentira, vino de amatista de esta tarde de
invierno.

Sobre el muro cae de nuevo el aire funeral,
rasgando el pecho de alondra de la vida,
arrancando el párpado sangrante, vaciando el maldito
corazón,
y arrojando mi cuerpo muerto sobre los toneles.

MAÑANA me moriré.

Dejaré afuera la barba, mi antigua calva de moribundo,
este sabor a perro,
a huevo de orquídea en la lengua.

¡Ah, tú, abrázame debajo de estos sueños,
mientras el cráneo se hunde entre la vieja estopa,
enmudeciendo su martillo sonoro, su grandeza de ángel
patibulario!

Pasad, entonces, fieros ancianos de mirada codiciosa,

*domadores de serpientes, jinetes en dorados camellos;
¡me sumerjo en esta gran linfa de sangre!
en esta caverna en que escucho entrecortados sollozos,
maldiciones contra alguien que se levantó sobre el
mundo;*

*y me miran con ojo pálido en que baila la viruela,
me escupen con su lengua de antepasados,
con su paladar descompuesto,
y yo me arrastro, y me arrodillo.*

MASTIN de casa abandonada,
el viento de la ciudad me empuja hacia un cielo sin dios,
a un firmamento inmóvil.

Como una rata, de una a otra estrella,
de hueco en hueco, de sepultura en sepultura,
corazón perdido entre violetas y harapos,
encuentras sólo un extraviado resplandor y lloras.

Busco mi pan en los hoyos de la tierra, me hundo en
su coagulado imperio,

el pan que pone azules los ojos de los hijos;
pero al cavar en los nocturnos pozos,
desentierro cabezas, fragmentos de antepasados,
una lengua cadavérica, morada por el tiempo,
que alcanza sólo a murmurar ¡maldito!
y se diluye en la terrible majestad negra.

De noche la perra de la vida
se arrastra, mordiendo la garganta de mis hijos,
acariciando su vientre verde,
mientras se cae a pedazos mi rostro ante el espejo.

Es verdad, amigos míos, contrabandistas, maliciosos
bebedores,
mi censura se desvanece en la noche,
soy el corsario sin oro y sin ajenjo,
el ojo tapado por la tempestad y la huera miseria.

ENTRE derruidos dioses
bebo el vino de amatista del desesperado.
El ojo como un pájaro de sangre resplandece,
y bajo el brazo y su insecto alucinante
surgen los antepasados, cargando una ampolla negra,
descendiendo a los bajíos,
junto al valle de Absalón y su sombra mortal bajo el
caballo.

Harapientos, o envueltos en cinica tristeza,
navegantes melancólicos,

MALDITO mi linaje de perro, mi sombría estirpe
de soñador,
el humo cadavérico de mis imágenes,
mi lengua de harapo, carcomida por el esparto de la
miseria,
mis ojos, que vieron la injusticia, agrandando más el
hoyo del alma.

Maldita sea mi boca, su encendido ofidio de alcohol,
mis orejas, viejas comadres de corcho;
ellas escucharon la sentencia mortal;

se deslizan como codornices debajo de la almohada,
y crecen, crecen como una branquia, ¡gusano terrible!
llevando la palabra encadenada al corazón,
a la lengua y su rojo pantano,
donde la expresión se arrastra con su lento cuerno
primitivo.

Malditos mis dientes, verdes como espadas,
duros como dioses terrestres, heréticos, desolados,
muertos planetas de hueso de mi contextura,
pero uniformados, bárbaros, intactos como viejas islas,
envueltos siempre en sangre, en leche de hembras
desaparecidas,
como rapaces o alondras perdidas en la niebla.

Mis dientes me sobrevivirán cuando me muera.
Ellos me sobrepujan con su pedrería.
Atormentaron la boca preciosa,
acosaron el cuello crepuscular de mi enemigo.
Los invadió la lujuria, la negra espuma de la ira,
los cubrió la yema podrida del desencanto;
y rechinaron como sierras la postrera noche: "Padre,
se acabó la vida. Saluda a los parientes muertos".

ENTRE madreperlas y bordados, estás muerta,
entre ofidios y lenguas, con la cabeza vuelta hacia los
tornados y las inundaciones.

Yo velo con los lentes puestos, tendido en la negra caja,
donde esperan verdes pájaros desconocidos.

Me llamarás con extraños golpes,
huyendo por las charcas y los viveros, haciendo sonar
tu vestido de jade.

Entre la niebla, bajo derruidas porcelanas yacen viejos
amigos,

oscuros jinetes con la cabeza agusanada.

(En la habitación alguien teje, alguien trabaja ocultando
sus sollozos).

Antaño, por el hueco del paladar pasaron roncros vasos
de ginebra y húmedos besos;

ahora viajamos con un traje listado, y un gris estado
mineral que hace cantar su papagayo de
sombra,

en medio de un relumbrar de cuernos y vacilantes formas
humanas.

*¿QUIEN eres tú, adosada al muro, cubierta de agric
guedejas?*

*Perra acosada: te veo bajo la luz temible de los zaguanes,
o en la puerta de las hilanderías,
enamorada de las cosas oscuras.*

*Cada año desciende de tu vientre un polvo negro, hijos
e hijas de formas sepulcrales;
los dejas junto al muro, te marchas, tierra adentro,
adentro de la tierra,*

enajenada, sin comprender sino aquello que te susurra
el pájaro de la tempestad,
gimiendo desde los fiordos.

Alguien habla entonces un inadvertido lenguaje en tu
derredor,
sonando, con la voz grave del ave del sepulturero,
la que oscila y desciende entre bruscas cavidades,
desolada e inmóvil para el ojo turbio de los dioses.

Cubierta de cieno, de alondras de pies rosados,
¿Quién eres, desmantelada viajera? Torvas aguas
carcomen las desnudas puertas
y un caballo vegetal te llama en la sobrecogedora altura.

Fina, como la tela de los mercaderes,
como el chacal vencedor, tu tierna lengua abovedada
deja percibir su gemido en la noche;
un agua mortal cae de mi pecho de hueso,
y la muerte arrastra su algibe debajo de la casa.

NIÑA vestida de cueros mortecinos, no me mires
con tus ojos duros, como piedra funeraria,
niña mía, triste como los castaños de invierno, rígida
tu mirada de ídolo;
niña invernal, Cabeza Negra, tu pecho comido por la
nieve,
tus ojos de color coñac, tu enagua de viejo lino;
niña de los leprosarios, enronquecida, abyecta, pura
cual la estrella de la noche polar,
encendida, como los lotos que comen los perros:
mi corazón yace debajo de ti, muérdelo;

mi antiguo corazón de raza perdida.

*Me dirijo a ti, entre todas las cosas visibles, a tu cuello
ennoblecido por la ira,
a tí, estremecida por la noche y su violeta enterrada, y
de cuyo vientre
vuela el cachorro terrenal con su pequeña encía de
diamante.*

*(De entre la veste rota, el azor de tu carne huye,
planeando en el aire desolado).*

*Mujer de mi pueblo, niña cubierta de grumos, cruzas
sobre mi pecho como la golondrina en la
noche encarnada;*

*me incorporo en mi sepultura, beso tu brazo obscuro,
tu vientre seco, como la flor del papiro.*

*Cual un ave de piedra suena tu aletazo hueco,
¡oh, desencantada!*

*tu canto derrama su licor en la asamblea,
y bulle, semejante al sollozo de un minotauro marino.*

DESNUDA, saludas con extraños huevos de pájaro,
iniciando tu vuelo alrededor de las murallas,
en un rito negro, desconocido, como si recordaras tu
origen de diosa.

Desciendes sobre la blanca ojiva, te arrojas
milágresamente,

respiras apenas sobre el puñal del agua;
no eres un ave sino un pez de ojos humanos,
no eres un pez sino un alma con el pie desvanecido.

En un acto inmemorial realizas tu último vuelo.

*El vuelo por todas aquellas cosas desaparecidas,
por tus hijos carcomidos por el hambre y la peste,
por tu corazón tullido,
por el macho imperial que te golpea el rostro.
El vuelo por los sueños sepultados bajo los muros, (el
sueño ensangrentado).*

*Estás desnuda. Dejas caer tus cabellos,
abandonas tu piel como inútil gualdrapa,
eres casi una sombra roja sobre el resplandor vacío,
un ángel de cuero vitreo, una soberbia amapola
desolada y humana.*

*Señora, Rostro de Piedra,
sobre el roquerío tu grave armadura
resplandece; y un dios de oscuras materias
palidece en los largos días del Invierno.*

SI ENTRARA al cementerio en la noche,
entre el oxidado aroma del oxiacanto,
podría recordar el olor de tu piel extendida de la que
brotó un día la ácida leche,
y los ojos de un niño debajo de ti —pequeño carnero
enlutado—
pero ávido, como ágil cachorro de cetrería.

Entre roncos atambores mi cadáver atraviesa la ciudad,
un pabellón de hueso sobre el corazón,
haciendo grandes saludos de muerto, —¡oh, guerrero!—
dormido para siempre junto a los tejedores de hilo
azul y verde.

*Virgen cargada de truenos y sepulcros,
perdida en el lecho nupcial,
abramos la tumba de los antiguos amantes,
desolados y rubios, cubiertos de vello amoroso desde
la sien.*

*Hija de olvidados juramentos entre el viento maligno,
tu padre y tu madre gimieron de amor en la casa caída—
el agua de los ventisqueros entraba en la habitación,
alguien lloraba,
perforando las ocultas tablas del lecho,
el vientre del viejo baúl y su mercancía mojada
y difunta.*

*Tu cabeza agusanada salta dentro de la copa de anís,
te pudres lentamente, mientras todos yacen dormidos
en la casa,
(un gallo corre en el dormitorio ensangrentado);
y galopas, como el fantasma de Gilgamesh bajo los
zócalos,
como un dios arrastrado, o un ángel apoyado en
negras muletas.*

*Nada queda ya bajo esta seducción,
sólo la sombra cortada, la lengua inmóvil, el talón
gastado por el polvo de la luna,
nada sino la frente reventada por el pensamiento,
el corazón, el llanto,
derramado sobre el funeral de Caín y su roja especie.*

Soy un toro con el pecho de jade,
el ángel glandular cargado de herramientas, que
camina
cojando desde la eternidad,
entre el cántico gótico de los peces y su corpiño de
estaño.
Vivo entre ataúdes, cajas para minotauros,
entre muertos, con el hocico lleno de ostras y anilina
salvaje.
Cuando duermo, pasan los asesinos con sus odres de
opio, son ágiles, azules,

*hombres de frente silvestre y fría,
llorando sobre el vientre del mar y su piedra escarlata.*

*Yo observo, riendo con la carcajada del jaguar,
con la risa ronca del comerciante en tabaco.
Al anochecer pienso en el mundo, y me crece el ojo,
el hueso de la espalda,
el hueso grande donde guardo los mitos y las
supersticiones.*

*Descubro la hermandad oculta que une a los
desgraciados,
a los que comen arroz en los cementerios, durmiendo
entre robalos y perdices,
y surge entonces un aroma de zorros, negros bubones
amándose en catres de jacarandá donde
otros muertos se amaron.*

*Sus rostros fueron roídos un día,
comidos sus miembros fabulosos,
alguien barrió su pecho, alguien que se recuesta
perdido en el Otoño,
y cuyo cuello golpean el viento del mar y el agua.*

GLADIADORA en el lecho nupcial,
las hienas vienen a comer de tu carne amorosa en
la noche.

Una reja se abre, penetro en tu alcoba oscura...
Nuestros cuernos chocan contra el ónix sombrío,
y nos amamos, vaciándonos los ojos, haciendo discurrir
la lengua

como un tigre bajo la luna de noviembre.
Entre vasos de ginebra yace tu cuerpo, galgo frío,
envuelto en la paja del pubis silencioso;

*alguien asalta entonces tus ojos de caoba, y la cabeza
maldita del ángel —sobre la flor quemada del agua—
empuja tu estatua vacía hacia los archipiélagos,
tus ojos inaprensibles, comidos por las raposas.
Sobre tu vientre caen aves de pico rojo,
y la boca que balbuceó la frase perdida y querida
tiembla bajo el diente fino de los roedores.*

AH, cómo amarte con mi transitoriedad,
con mi pobre médula de gusano,
si la eternidad está raída, y el porvenir ondula
como una culebra en la resina funeral.
¡Cómo amarte, si estoy leproso, negro, desencajado!
Fámulo de la muerte, mendigo ahorcado en la taberna,
pagué la droga mortal con la moneda cuadrada del
jibaro,
y mi llanto de salvaje se pierde eternamente en el agua
del mar,
entre espectros verdes y vestimenta fría.

Oh, pequeña diosa, sobre tus pezones, como negros
diamantes solitarios,
entre el magnetismo de sus polos, soy sólo el moscardón
sombrio
que realiza el estéril rito de la eternidad, y vierte
su espanto taciturno
a espaldas de los dioses y su gesto helado;
o el árbol de cuyo ramaje penden viejos anillos y ostras,
largos hilos de sangre,
irradiando un ámbito de hechicería, errando sobre
el fuego,
en un juego irreconciliable y no obstante
trascendental,
donde el sueño asciende —agureando el corazón
petrificado de Dios—
e inicia su oficio temible.

OH, TERRIBLE mansión —pelo de lobo,
perturbadoras murallas—;
su tierna cabeza de cobre, en medio de la tierra invisible,
no responde,
sólo agrios insectos golpean el rostro del extranjero.
Entre oscuras glicinas, su cuerpo extraño;
de cabeza en la tierra, cava, cava el mancebo furioso,
su lúgubre potestad recuerda tristes artesanías,
olvidadas entre violetas de cuero y arreos funerarios.

En los acantilados escucho a veces su paso de búfalo,

*veo asomar su cabellera entre los pinos,
levantar la mano, terrible, indescifrable.*

*¡Adiós, adiós cuervo de ojos finos, ciervo de duro
plumaje!*

*Te vas, nos dejas en la miseria,
entre jardines edificados junto a caballos ciegos,
entre cerebros de piedra y largos canales.*

SOBRE este corazón comido por las piedras,
sobre este pecho raído,
escondía mi rostro en la desnuda infancia,
cuando el largo cuervo de la noche, cuando
las campanas de la otra vida,
hendían mi sueño de vapor y precoz tormenta.

Alguien ponía los dedos sobre la gruesa aldaba,
asomaba su cuerno rodeado de luciérnagas,

*y su risa, como una parra de ceniza fría,
arrojaba en el lecho un escorpión de sombra.
Cada mañana recogían mi cadáver,
estos dedos secos, como una flor amarilla,
unos labios, ahora inencontrables,
encendían los lúgubres mecheros de mis ojos.*

ESTOY muerto, pero me crece la barba.
Muerto, entre reses de plata mojada, entre
enredaderas y sepulcros.

Nadie duerme en esta habitación, nadie
vuela en estas avenidas.

Dormido en duros pedestales, hilarante, seco, inmóvil,
inquiero a la cohorte solar y fabulosa
sobre el sentido de la vida, y la lengua de los pueblos
enterrados en los ríos.

Evoco la memoria de mis viejos dioses, tuertos o
licenciosos,
tu traje olvidado, tu corpiño al que emigran
descompuestas mariposas,
oxidado bajo los lotos y la jaca roja de la muerte.
Pero envejece mi rostro como las culebras,
y escucho el paso de las momias, pesado como osos,
el rumor de su pecho imperial, cubierto de lacas y
moscardones.

Angel, en la hcrá de los castores, déjame escuchar tu
negra voz impostada...
Desamparado, te busco en el fuego de la tierra, en la
córnea de los astrólogos,
mientras la noche y su ciervo de metal amarillo
me arrojan tu rostro desde el aire,
tu respiración de ol'vo terrenal
que arrastrará mi estatua debajo de los muros.

TÚ, LA más lejana,
bajo un palio de rosas descompuestas,
entre los sicomoros y los castaños,
sostienes la juventud de mi alma y su raída corteza
terrestre.

¡Quiébrame el hueso de la tristeza,
flor gutural, virgen de extraviada llanura!
Rescata la cabeza perdida como una orquídea de estaño.
Restaña el sombrío corazón que la muerte conturba y
despedaza.

*Dormí con la desgracia.
Derribé al ángel, rompí su cuerno de seda,
su frente estalló como una vejiga de sangre, como un
ojo de obsidiana,
y materias innobles cubrieron mi piel, mi párpado de
fiera,
que envidian los hechiceros y los muertos.*

*Canta, entonces, alma mía,
mientras tu herida majestad asciende,
justifica tu eternidad,
mi soledad de hombre abandonado entre la
muchedumbre.*

COMO un viejo leopardo fumo mi pipa escarlata.
Un ángel se abate sobre mi cuello, oigo su grito de
zorro en la noche.

Sobre el abismo contemplo mi resplandor frío,
como la bandeja biselada en que reposa el hijo muerto,
mordido por el león de la tormenta y su cresta de
fúnebre capitán.

Solitario en la tierra, mi arma sombría,
realza su perdida majestad, su atrabiliario imperio.
Soy el abanderado de la tribu, torvo, perdido,
menesterozo,

*un mendigo que cría faisanes de piedra, el anfitrión
con el corazón vacío;
soy un cadáver extraviado en la noche de carnaval,
un hueso roído entre los dientes de la reina negra.*

*Entre pobres sueños,
bajando o subiendo por émbolos amorosos,
la sombra de tu pie es la única estrella en este cielo
imaginario.*

*Pero haces sonar tu gaita, montada en un toro verde,
y a un extremo del corredor, tu abismada deidad,
indescriptible y fría,
sólo devoras rosas de cuello ensangrentado.*

*Ya todo es inútil, como el ojo seco del niño abandonado,
como el sol sobre tu inencontrable sepultura,
o el pecho del gallo, que al alba canta sobre tu palidez.
e ignora que nunca despertarás, amor mío.*

JUNTO a los sicomoros te espera su sombría belleza.
La mano de roja plata yace entre baladas y negros
pastores.

Su cabeza de fiera resplandece,
recuerda el espanto de un rey muerto hace miles de
olvidados años.

Ni tus gritos de arriero, ni tu voz de caballero
degollado,

despertarán a la durmiente inmóvil;
sólo el urogallo y su canto eternamente verde

te esperan bajo los chopos, oscuros esta vez.

Dame la mano, deslízate conmigo.

Un paso mineral ronda el armario,

(quizá el sueño perdido, ¡ah, cuánta niebla!);

un ángel cargado de azucenas golpea la sien anegada,

muerta en la víspera de la ensoñación, caída

en la corriente del Golfo, y, en verdad, ahora crece

sobre la frente de Ofelia un papiro de sangre.

¿D E DONDE, desconocida sombra, detrás de qué
sepultura

*o forado antiguo tu substancia inmóvil se arrastra,
descendiendo por los pórticos, cayendo
con tu tranquilo paso de res?*

*Infante de doble faz, fantasma de las paredes,
te ocultas en las columnas de los bulevares,
arrastrando tu ferretería, haciendo sonar tu pifano seco,
como el árbol de la muerte y su caballo de paja glacial.*

*Yo discorro bajo los puentes tocando mi rabel,
cantando, con mi voz de baritono muerto:*

sólo me responde el monzón negro de la ciudad,
donde ella, con los ojos abiertos, duerme vacía para
siempre.

Es su voz la que responde debajo del viento negro,
bajo la tierra negra,
atormentando mis huesos, arrancándole un aria verde
o amarilla,
como la semilla de un enorme zapallo funerario.
En tanto los sapos, como ancianos dioses terrestres,
me interrogan: ¿quién sois, ángel triste y calvo?

COMO una flor sobre la negra caja
estás en mi corazón,
y te ciernes, entre ciervos de oro, descienes al olivar
obscuro.
iluminando la cresta del ángel y su ralea insondable.

Perro estupefacto, busco tu piel quemada,
tus ojos de precipicio, tu lengua, zarzamora de los
barrancos,
tu vientre, sobre el que duermo como un abandonado
de la vida,

agobiado por los impuestos, y el pecho de barro del
astro en derrota.

Más allá de mis besos terrestres, bajo el suceder perdido,
te amo, como el collar de la diosa el pequeño salvaje,
como el enano adora la risa negra de la mujer, y nadie
osará quemar tu pelo,

ni tu frente de piedra fría, cuando miras debajo del
amor,

o duermes junto a mí en el desierto de Gobi.

Si te miro a los ojos,

alguien que no soy yo, alguien atormentado de
interrogaciones,

embiste con su cabeza en mi corazón,

y pregunta por el que devora el pasto de mi alma,
buscando a Dios entre las calles,

a Dios y su pierna perdida,

triste como los bueyes y su testuz de viejo platino.

B

*AJO un aire de eléctricas gardenias,
vuelas con tu alegoría sexual, con tus dientes de perro
fino.*

*Tu risa es roja, cual la flor del pájaro africano.
Deja caer su potestad como una estatua helada,
o un ibis surgiendo de la muerte, cayendo sobre el amor
como la peste sobre la ciudad antigua.*

*Ciudadano aciago, desprovisto de cabellera,
rodeado de hombres de piel vegetal, de lengua de caballo
tordillo,*

hago sonar mi tambor solitario en la noche.

¿Quién guardará los gusanos de mi amor?
¡La casa está hueca, perdida la mirada de la familia!
Las ratas, con su leve pata de mariposa,
con sus tristes costumbres de arqueólogo,
roen el viejo lecho nupcial, y una atmósfera
glacial
de pelos y cebada,
echa en la noche invernal su maleficio.

MAESTRO en lenguas feroces, no siempre
me contengo,
acuso a mis antecesoros; juzgo, olvido, asesino,
invito a la extenuación, sólo tengo el veneno de mis
palabras.
¡Oh, alma mía! ¡Cuánta justificación para vivir!
Un día te cubrirán las aguas, descenderás hasta los
continentes vivos en otro tiempo;
entonces, alma mía, pájaro ensoberbecido por la tristeza,

*alguien más negro que tú, alguien más obscuro e
insondable —cuya cabeza asoma apenas entre
los fosos—
anegará tus alas antaño azules, tu respiración
entrecortada,
arrastrándote, cortando tu largo cuello,
abandonándote entre los dioses del mar, injustos y
eternamente estables.*

ANGEL descabellado que me arrastras,
apretando mi sien contra los castaños, torciéndome
la quijada
en un esfuerzo funeral, ¿qué dios
financia tu obcecación? ¿Hasta qué rincón me persigues?
¿Qué astrología te empuja, viejo semental?
Te has aliado con los escribas, los picapedreros, con
mujeres de piel de zapallo.
¿Qué buscas, si el agua que cubre el ojo
es una gran pradera sepulcral, donde los antepasados
empujan hacia la eternidad su cabeza colgada?

*Tú, fijosdalgo, arriéndame una sepultura,
donde las muelas
terribles del ángel cesen su sino devastador, o
envuélveme
en la rutina inmóvil de los olvidados.*

*Mas la ferreteria de sus alas golpea en mi litera de piedra,
su pecho de jabalí gotea sobre el mío, lentamente se
oxida,
dejando caer flores, cerezas de sangre,
aplastando, ennegreciendo, encogiendo para siempre
mi alma;
y yo abandono el cuero inútl de la razón,
mugiendo,
sollozando,
hasta la muerte.*

ALGUNOS JUICIOS SOBRE LA OBRA DEL AUTOR

Un poeta categórico, manejando, como cerrado y enajenado, su lenguaje de petróleo, gravísimo, acendradísimo, altísimo, lento, fundamental, duro, cabeza de yugo de explotación milenaria, de los conjuntos prehistóricos y las migraciones, por las aguas y los pastos.

Pablo de Rokha (Chile).

Si este último ("Los Sueños de Caín"), encierra cuentos de una emoción escalofriante y de gran originalidad, el otro ("Las Bestias del Duelo"), le acredita como a poeta de auténtica vena y rica imaginación. El que yo no participe de ciertas opiniones tuyas no estorba para que le estimes muy de veras por su talento literario y desee conocerle en una posible próxima ocasión.

Gerardo Diego (España).

Los poemas me sacudieron como un viento apocalíptico; hay en ellos un dominio total del idioma; Ud. amasa, plasma, reviste los estados anímicos con bella y absoluta novedad. Belleza, eso sí que asusta. Sin duda una edad nueva de la poesía, una hoguera de los viejos ídolos, una concepción del mundo totalmente revolucionada. Acaso en Marte se poetiza así.

Bernardo Cruz (Chile).

"Las Bestias del Duelo" y "Los Sueños de Caín" revelan un temperamento artístico másculo y rebelde que busca con ahínco nuevas formas de expresión. Ellas se ubican en esa zona brumosa y turbadora que hay entre la realidad y el sueño, entre lo extático y lo aberrante.

Dr. Juan Marín (Chile).

Muchas gracias por el envío y consiguiente lectura de sus dos libros: poemas abisales de "Las Bestias del Duelo" y relatos alucinados de "Los Sueños de Caín". Todo extraído de la cantera de la unitaria verdad de Ud. Le felicito por estos volúmenes.

Vicente Alexandre (España).

Quien ha escrito cuentos como "La Isla", por citar alguno, digno de integrar la más exigente selección de ejemplos del género, y poemas como "Las Ulceras", ha adquirido categoría como para que se le distinga entre los mejores representantes de una literatura tan valiosa y cuantiosa como la chilena de hoy, y sin duda, tiene asegurado un porvenir excepcional en las letras de América.

Jorge Enrique Ramponi (Argentina).

Lo tétrico, lo brutal, lo maldiciente, lo férreo, lo obscuro y lo desgarrado, nutren sus visiones y sus realidades atormentadas.

Juan Felipe Toruño (El Salvador).

...Mahfúd Massís, con el enloquecido vértigo de su satánica desgarradura interior, gesticulante, colgante, calcinante, con sus ojos restallando y relampagueando entre los metales ardidos de una creación con gruesa gravedad de sus versos que saltan y sobresaltan hasta los reductos medulares donde las últimas vísceras osificadas piden perdón.

O. Segura Castro (Chile).

En esta contradicción de profundo valor estético debe situarse la poesía funeraria de Massís. Poesía la suya de un tono elemental por el fuerte realismo en que originalmente se basa. Amarga y doliente hasta lo espeluznante.

Fernando Alegría (Revista "Atenea", Chile).

En su volumen "Los Sueños de Caín" hay hermosas muestras de su originalidad como narrador y un modo audaz de encarar los temas obtenidos de un enfoque fundamentalmente imaginativo del relato.

Ricardo Latcham (Chile).

He tenido el placer de recibir su magnífico libro último: "Los Sueños de Caín". Veo, con mucha complacencia que persiste Ud. en la sostenida labor literaria que lo coloca permanentemente en la actualidad artística de nuestro país.

Daniel Belmar (Chile).

"Los Sueños de Caín" constituyen una ambiciosa tentativa en la cual Massís se remonta aún por sobre las altas consecuciones de Kafka y otros grandes autores. "Las Bestias del Duelo" es un libro que ha de marcar la época con su sello tremante, inflamado, por su valor hondamente humano y estético. Escasas ocasiones en la historia total de la literatura ha surgido de parte alguna expresión tan singular e íntima del goce extraño de la fatalidad.

Víctor Lohenthal ("La Nación", Chile).

Mahfúd Massís trae consigo los elementos de una raza poderosa, sumergida, aparentemente en las capas inferiores de la historia, pero cuyo verbo se mantiene vivo y pujante y cuya expresión se advierte como un tremendo grito de fatalidad.

Benedicto Chuaqui ("Las Últimas Noticias", Chile).

Massís es hijo de árabes, y de allí viene su simbología brillante, plagada de príncipes misteriosos y también de imprecación tremante.

Luis Merino Reyes ("Las Últimas Noticias", Chile).

Prosa rica y poética, en ningún momento se deja contaminar por la palabrería tan usual en los poetas que abordan este género (ensayo), hasta el extremo de matar las ideas o disimular su ausencia.

Julio Tagle ("Las Últimas Noticias", Chile).

Un soplo del Oriente, recio y de olores acres, me da en el rostro. Se comprende que muchas de sus palabras, como sucede con las palabras de los oráculos, vienen de muy lejos. Por eso tiene Ud. a menudo el desorden de los inspirados.

Arturo Capdevila (Argentina).

Dentro del climax estilístico que Ud. emplea, veo en él ("La Isla"), un cuento de extraordinarias vivencias, sólo comparable a las mejores alucinaciones de Poe y Kafka.

Hugo Emilio Pedemonte (Uruguay).

Leí todo seguido el libro de poemas "Las Bestias del Duelo", y quedé de piedra. ¡Jamás había leído poemas así!

Gloria Fuertes (España).

Esas páginas ("Los Sueños de Caín"), entre las cuales se agitan sin cesar las aguas de los sueños, revelan parte de la luz salvadora que hay en Ud. y que para otros debe ser una especie de torbellino ciego.

Rosamel del Valle (Chile).

Walt Whitman, es una obra maestra en la literatura de Chile y de América. De lo mucho que he leído acerca de ese poeta estupendo, nada puede compararse a ese ensayo de Ud.

Carlos Préndez Saldías ("Las Últimas Noticias", Chile).

Pablo Neruda no consiguió llegarme tan hondo con sus versos, como Ud. me ha llegado con sus "Bestias del Duelo".

Manuel Ostos Gabela (España).

"Las Bestias del Duelo", nos regala una colección de poemas de tan fiero relumbrón, que dudamos ante su atropelladora potencialidad, titubearnos y nos ensimismamos, como sorprendidos por una avalancha de genialidades.

Revista Malvarrosa (España).

En su estilo consigue destellos que, según creo, enceguerán a las pupilas congeladas en el razonamiento monótono de la costumbre.

Galvarino Plaza ("Las Últimas Noticias", Chile).

Uno de los libros más extraños surgidos en el último tiempo, es el que acaba de lanzar a la publicidad el poeta chileno Mahfúd Massís, cuya ascendencia árabe vibra tanto en el contenido de sus desolados versos como en su

rostro mismo. "Las Bestias del Duelo" se intitula, y está a punto de convertirse en el mayor acontecimiento literario de los últimos años.

"Las Ultimas Noticias" (Chile).

De ellos se desprende una sensación de espanto funambulesco, una diluminación entre los límites de la realidad y de una idealidad distorsionada y gesticulante; un humorismo, o más bien un toque de quebrada hilaridad y una imaginación creadora que nos sorprende constantemente como un caleidoscopio lleno con los objetos más dispares y terribles.

Sergio Latorre ("Ultima Hora", Chile).

También en este género se destacó Mahfúd Massís, con "Los Sueños de Caín", cuentos de una notable fantasía, recibidos con algún espanto por la crítica oficial. Los cuentos de Massís unen una gran audacia formal a ciertas perfecciones clásicas interiores, determinadas por aquella veracidad psicológica.

Revista "Calibán" (Chile)

La obra de Massís es de una pluralidad inquietante: poeta, ensayista, cuentista. Una trinidad que se acerca a su carácter y se identifica con él, hombre culto, sereno y parco de palabras.

José María Palacios ("Las Ultimas Noticias", Chile).

La carrera literaria de Massís, aunque ocupa un breve lapso en nuestra literatura, cualitativamente representa el incontenible movimiento de renovación que se gesta en la última década literaria de Chile y se cristaliza con definidos perfiles en nuestros días.

"Las Ultimas Noticias" (Chile).

Mahfúd Massís, figura descollante de las letras chilenas, poeta y ensayista de atributos poco comunes, ha lanzado su último libro sobre el agitado tapete de la literatura chilena.

Jorge Vélez ("El Diario Ilustrado", Chile).

Enormemente pictórico, da la sensación de tiempo y espacio en las dimensiones de los alucinados. Sería inútil hacer citas detalladas de este libro, extraño, turbulento e irónico, sin caer en lo fragmentario.

Luis Orrego Molina ("Las Ultimas Noticias", Chile).

Nos encontramos ante una sinopsis de apasionadas y locas combinaciones de estados de ánimo, que encuentran en su autor un artífice de nuevos e insólitos efectos y contornos.

Patricio Olivos Wohlk ("Las Ultimas Noticias", Chile).

He aquí el valor literario del ensayo de Mahfúd Massís. Su audacia intelectual, guiada por su inspiración apasionada, lo hizo llegar a límites casi prohibidos para los tradicionalistas de la forma y para los escolásticos.

Hermógenes Markovich (Revista "Occidente").

Su paralelo entre Whitman y Nietzche, entre Whitman y Cristo, la defensa de su normalidad biológica, la inmersión e interpretación de sus ritmos poderosos y pasionales, el relieve que consigue dar a la figura que crece paralelamente a la gran democracia del Norte, están tallados en un lenguaje de gran alcurnia, potente y sereno, lleno de síntesis, sin perder en ningún instante la intención central de su intento.

Informe del Jurado de la Sociedad de Escritores de Chile.

Mahfúd Massís entra en Whitman, y, en el magnífico crisol de su intelecto, funde la obra poética de más quilates del continente americano.

Revista "Vea" (Chile).

En resumen: "Walt Whitman, el visionario de Long Island", es un libro que contribuye de manera decisiva a fijar la magnífica y compleja personalidad humana de Whitman, en un lenguaje poético, combativo, y donde la pasión del autor subsana las fechas y los acontecimientos superficiales.

Hernán Valdés ("Las Últimas Noticias", Chile).

En "Las Bestias del Duelo" nos entrega lo que de él se esperaba y mucho más de lo que nuestra imaginación pudo haber intuido.

Jorge Spikin Howard ("Los Tiempos", Chile).

En la poesía de Mahfúd Massís retiemblan los trágicos tambores del espanto, y en su fiebre de príncipe desterrado se levantan oscuras tiendas desoladas, viejos pórticos sumergidos y castillos de pesados fantasmas abismales.

Olga Acevedo ("Las Últimas Noticias", Chile).

Su juicio ("Los Tres"), a mi entender, provoca el más resonante "affaire" literario que haya conocido América.

Artigas Milans Martínez (Uruguay).

..el bravo Mahfúd Massís, el derrocador de títeres.

G. Humberto Mata (Ecuador).

Y es que pocas veces surge en nuestros medios literarios un poeta de voz tan propia como la suya, dueña de su vocabulario y de sus elementos líricos, profundo y serio, vitalmente sumergido en los abismos trascendentes del sueño.

Oscar Chávez (Revista "Multitud", Chile).

Su libro de poemas "Las Bestias del Duelo" es desconcertante, lleno de voces funerarias que traen resonancias del trágico sentido de la muerte.

Vicente Mengod ("Las Últimas Noticias", Chile).

Su personalidad que ha enriquecido la poesía nacional con un extraordinario libro de poemas: "Las Bestias del Duelo", acrecienta también de manera extraordinaria nuestro acervo espiritual.

Mario Espinosa (Chile).

Recibí su gran libro. Agradecidísimo por este extraordinario regalo. Su obra de poeta, pensador y ensayista es, sin duda, maravillosa, ya que sus altas potentes descubren horizontes nuevos en el infinito con gesto de eternidad.

Maximiliano de Loewenthal (Costa Rica).

Mahfúd Massís es un escritor chileno, pero ante todo un escritor de guerra que dice tremendas verdades.

Carlos Falcón (Colombia).

Polemista valeroso y en extremo agudo, ha traído al ámbito de la poesía chilena un aire de renovación crítica, enjuiciando a los viejos "tabúes", a pesar de ser un poeta de muy alto contenido mítico, de tipo oriental, que proviene, sin duda, de su sangre arábigo-egipcia.

Antonio de Undurraga (Chile).

Siempre en las crisis queda algo en pie. Quedan los hombres de excepción, Mahfúd Massís es uno de ellos.

Edmundo Concha ("Las Últimas Noticias", Chile).

No quiere ser un poeta de pocas horas. Espera vivir tantos años en la mente de los hombres que van a venir, y de los presentes, como soles andan por el infinito. De ahí que se haya vaciado como un descomunal animal, echando afuera todas sus más terribles dudas y lágrimas, sus aullidos más patéticos y despiertos.

Whady Barrientos ("Las Últimas Noticias", Chile).

Aquel que lea a Massís, encontrará un verbo nuevo, lleno de vigoroso y aterrador presentimiento. Y esto, porque Massís ha llegado a la maestría en cuanto a la creación de su propio lenguaje. Sus imágenes son verdaderas, cargadas de légamo humano, increíbles y reales.

Gustavo Mallol ("Las Últimas Noticias", Chile).

Este mismo afán de selección de elementos que hace notar Stephan Zweig en su estudio sobre Hoelderlin, es lo que Massís, teniendo mayor amplitud de honda expresión, da a su poesía ese corte seguro, de pétrea construcción, con que el poeta expone al hombre en su lucha con el infinito.

Ludwig Zeller ("Las Últimas Noticias", Chile).

Antes que nada, hay que reconocer, sin ambages, la presencia tajante de Mahfúd Massís en medio del ambiente poético actual.

Jacobo Danke ("Las Últimas Noticias", Chile).

Es quizás Mahfúd Massís, vate de ascendencia árabe, quien provoca mayor revuelo con un libro de evidente atmósfera funeraria, intitulado "Las Bestias del Duelo", y que pone a todos los bandos en pie de guerra.

"Las Últimas Noticias" (Chile).

Así llega Massís al orientalismo de su poética, al monstruosismo de sus imágenes y símbolos, y así corre en "Las Bestias del Duelo" su gran an-

gustia, su gran melancolía, unidas a la violencia de la profecía y a la violencia del terror.

Mistral Coronel ("Las Últimas Noticias", Chile).

En la poesía de Massís la sangre está presente. El habla de cosas que se quedaron clavadas allá, en la lejanía o en los tiempos perdidos para siempre.

Jorge Adoum (Ecuador).

Mahfúd Massís ha hecho ciertamente una obra de valor definitivo. Sus poemas densos, vitales, interiores, recios, quedarán como hito destacado en las letras latinoamericanas.

Matías Ráfide ("Las Últimas Noticias", Chile).

He leído "Los Sueños de Caín" y "Las Bestias del Duelo", y los he vuelto a leer, y así hasta siempre.

Nancy Judith Gamba (Argentina).

Los dioses del asombro pasean sobre estas páginas cargadas de color y movimiento. Y seres irreales, otros firmemente dibujados, se asoman, se desenvuelven, nacen, viven y mueren como en una pantalla alucinante.

Caupolicán Montaldo ("El Sur" de Concepción, Chile).

"Los Sueños de Caín" y "Las Bestias del Duelo", me han puesto delante de un hombre torturado y complejo, denso y dramático, respirando el aire sombrío de la pesadilla vital.

Dora Isella Russell (Uruguay).

Tu mundo es distinto a otros y por eso tu arte se origina en lo más íntimo de la consciencia creadora.

Gonzalo Arango (Colombia).

Estos SUEÑOS, como estilo, como creación imaginativa son un libro sorprendente, extraordinario; aquí en Chile ninguno escribe en esa forma tan ceñida, tan definidora, tan plástica, cual escribe Massís. Hay una potencia creativa e imaginativa tremenda. Nada hay que reparar por tanto, en su estilo, conseguido, maestro, poderoso y tan original. Son páginas de maravilla las suyas.

Bernardo Cruz ("Las Últimas Noticias", Chile).

...encuentro en ellos al poeta de verbo emocionado y encendido, original por sobre todo, y también al prosista de pluma maravillosa, aguda y penetrante. Claro que sus versos no son para álbum ni tarjeta postal; no. No. Son poemas raros, vibrantes, que parecen empujar hacia la muerte o hacia el abismo. Pero eso sí: son absolutamente suyos. Y poesía así es muy escasa.

Alfonso Mora Naranjo (Colombia).

La lectura de sus libros y en especial de sus poemas, me ha causado una gran impresión.

Angel Crespo (España).

He comprendido los SUEÑOS, un poco sorprendida frente a su manera no leída antes. Conozco bastante literatura chilena; pero Ud. es distinto, muy distinto.

Aurora Venturini (Argentina).

Rivalizan en él ("Los Sueños de Cain"), una arrogante prosapia de lenguaje y una originalidad intrépida del estilo. Tu crítica social es rotunda, formidable, aunque se te puede censurar a veces de procacidad en la forma.

Dr. Carlos Yanine (Chile).

Es un libro de poemas intrépidos, de poemas que honran la nueva poesía de América.

José Jaramillo Zuleta (Colombia).

...una obra que se aleja diametralmente de la ñoña concepción formalista, que impone respeto por su libre caudal de fantasía, y en la cual no es difícil leer entre líneas una aguda sátira a la blanda y ferz sociedad de nuestros días.

Julio Moncada (Chile).

Es un cuento magnífico, desconcertante, que me hizo recordar algunos trozos del inolvidable "El Lobo Estepario" de Hermann Hesse.

Gonzalo Drago (Chile).

Encarna su obra el sentido de una poesía funeraria, atterradoramente sola, desgarradoramente cósmica. No sólo podría contarse entre los poetas malditos, sino entre esos otros más profundamente conmovidos por la verdad, que se llaman los poetas de la muerte.

Revista de la Universidad de Antioquia (Colombia).

Cada nuevo libro de Mahfúd Massís, poeta, ensayista y ahora cuentista, es como una invitación a la tormenta.

"Las Últimas Noticias" (Chile).

Esta furia consciente ha logrado producir, sin embargo, en algunos de los relatos, como en "El traje rojo", por ejemplo, un alucinante efecto poético.

Revista "Ercilla" (Chile).

“ELEGIA BAJO LA TIERRA”

de Mahfúd Massís, se terminó de imprimir el 30 de Agosto de 1955 en Imprenta ALFA. Se hizo una tirada aparte, en papel pluma, numerada del 1 al 500 para las subscripciones. El autor consigna aquí los nombres de los señores Armando Garib y Ricardo Caram, que prestaron valiosa colaboración a la publicación de este libro.